

GRACIANO PALOMO

IVÁN REDONDO

El manipulador de emociones

Prólogo de
FRANCISCO ROSELL

la esfera  de los libros

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo. Iván Redondo, el brujo de los aprendices,</i> por Francisco Rosell	13
1. LA TARDE DE AQUEL DÍA	23
2. AQUEL HUMILDE «PIJO» DE DONOSTI	41
3. INICIOS A LA SOMBRA DE LA PILARICA	51
4. AVENTURA CATALANA A LA SOMBRA DE UN GIGANTE	61
5. CUANDO IVÁN DESCUBRE LA POLÍTICA POP EN TIERRA DE CARLISTAS	95
6. BACANAL EN LA DEHESA DEL «BARÓN ROJO»	109
7. DE VISITA EN LA CAJA FUERTE DE BÁRCENAS	151
8. CAMINO HACIA EL OLIMPO	171
9. EN EL OLIMPO	187
10. <i>PULVIS ES, ET IN PULVEREM REVERTERIS</i>	205
11. DEL INSOMNIO A LA SIESTA BAJO EL OROPEL	221

12. IVÁN POR IVÁN	247
13. EL CAÑÓN GIRATORIO, A VISTA DE PÁJARO	273
14. CUANDO EL CUARTO PODER SE CONVIERTE EN DECISIVO	309
<i>Epílogo.</i> El futuro es un arcano	337

Prólogo

IVÁN REDONDO, EL BRUJO DE LOS APRENDICES

por Francisco Rosell
Director de *El Mundo*

En abril de 2016, acaeció un episodio revelador. Fue el encuentro televisivo entre quienes un trienio adelante serían actores primordiales de la nueva realidad política que se tramaría en España al fraguarse el primer Gobierno de cohabitación socialcomunista desde la Guerra Civil. De un lado, quien luego figuraría catorce meses como vicepresidente para Asuntos Sociales, que se aburría bostezando series políticas y emitiendo tuits, sin poner un pie en una residencia de mayores durante la pandemia del coronavirus, Pablo Iglesias Turrión, entonces y ahora secretario general de Unidas Podemos; de otro, el hoy todopoderoso director del gabinete del presidente Sánchez, Iván Redondo, pero en aquellas fechas solo un audaz consultor en la órbita del Partido Popular. Ambos mantuvieron una hora larga de conversación en el programa televisivo *La tuerka* que presentaba el primero bajo el patrocinio financiero de la dictadura teocrática de los ayatolás iraníes y en el que ambos compitieron en alabanzas mutuas.

Si Iglesias lamentaba que Redondo siempre hubiera servido a formaciones adversarias, en lugar de a la suya, este le retribuyó la lisonja determinando que los últimos dos grandes hitos de la comunicación política mundiales habían sido el «*Yes, we can*» de la campaña primaria presidencial de 2008 del entonces senador demócrata Barack Obama y su adaptación española del «Sí, se puede» fundacional de la franquicia chavista. Cualquiera que no supiera lo que encierra Redondo hubiera dicho que tal arrobamiento obedecía al deslumbramiento característico de ciertos «chicos de derechas» que tratan de desquitarse de lo no vivido escuchando las autobiografías impostadas de personajes izquierdistas. Si al descastado profesor Iglesias le funcionaba con las «chicas bien» en las aulas de la Facultad de Políticas, ¿por qué no con Redondo?

A punto de concluir esa ceremonia de confraternización televisiva, en la que uno le arrebató la palabra al otro para darle a su vez la razón, el anfitrión le regaló a su invitado una taza con el anagrama del espacio. Iglesias, eso sí, con beatería comunista, le puso como condición al «*spin doctor*» —como le llamó en línea con la jerga popularizada en Europa por la serie nórdica *Borgen*, pero en boga en Estados Unidos hacía décadas al ser un término usual en el béisbol— que no la recogiera con su mano derecha. ¡Como si supusiera un inconveniente para un Redondo con las capacidades ambidiestras que pronto comprobaría —y agradecería circunstancialmente— el jerarca podemita!

Es más, luego de asir con brío la vasija, acreditando su resolución ante quien le había presentado como «culto, rápido y sensible», de la misma manera que Valle-Inclán definió a su marqués de Bradomín como «feo, católico y sentimental», Redondo obró

raudo cual pistolero que desenfunda presto su revólver. Sacó del bolsillo de su chaqueta el peón blanco de ajedrez que llevaba preparado como magistral golpe de efecto y se lo depositó a su contertulio en la mano derecha. Sin darle tiempo a reaccionar, le aconsejó que no minusvalorara su regalo porque, en su pequeñez comparada con las demás piezas del tablero, este nimio trebejo «si alcanza la casilla ocho, puede ser poderosísimo». Repuesto de la sorpresa, Iglesias expidió, al fin, vivaz: «Con este peón tengo que hacer jaque al rey». En su prepotencia y arrogancia, no atisbó que se quedaría a medio camino de la casilla de todas las posibilidades. «El tiempo, en política —le glosaría a modo de *memento mori* de la antigua Roma quien hogaño ocupa el despacho de Alfonso Guerra en el complejo de La Moncloa—, es lo más importante porque, al final Iván, me dijo un político socialista, todo el mundo acaba cadáver».

Como broche dorado, una sonrisa cómplice iluminó los rostros de quienes reeditarían tan feliz pose al refrendar con un abrazo, con las cámaras de televisión igualmente como testigo, el «Gobierno del insomnio» (Sánchez *dixit* a sugerencia de Redondo) tras los respectivos fracasos del presidente en funciones y de Iglesias en las elecciones plebiscitarias que el primero auspició el 10 de noviembre de 2019 para reforzarse en La Moncloa como antes había hecho Rajoy saliéndole el tiro por la culata y haciéndole retroceder en escaños. A instancias de Redondo, Sánchez e Iglesias se avinieron a buscar consuelo mutuo después de sus intensas refriegas para dilucidar —amenaza de *sorpasso* incluido— quién era el cocodrilo macho del meandro de la izquierda.

Si había logrado la abstención de Izquierda Unida para que el «Barón Rojo» del PP Monago presidiera Extremadura entre

2011 y 2015 frente a un socialista FernándezVara al que satanizó en las entonces incipientes redes sociales con que «sabía más por diablo que por viejo», ¿cómo no iba a posibilitar que el «Espartaco de la militancia» Sánchez, como le bautizó en su blog de *El Mundo* antes de que el líder socialista contratara sus servicios, amansara a su apodado como «el león de Podemos»? Profesional del poder por el poder, del que hace un objeto en sí mismo y que le ensimisma, Redondo puede servir a cualquier causa e ideología. Como lo prueba que lo haya hecho con igual convicción y arrojo con el PP de Albiol, Basagoiti o Monago que con el PSOE Sáncheztein.

Asimismo, puede embarcarse con cualquier patrón porque el rumbo de esa nave con pabellón de conveniencia le es secundario siempre que sea él quien la timonee o se sitúe junto a quien la tripule. Claro que las cosas rinden más fáciles en un medio de transporte que en otro. Así, a bordo del «coche rojo», refiriéndose al PSOE, «ganes o pierdas, siempre puedes gobernar», como le deslizó esa misma noche a Iglesias echando a germinar la manobra que orquestaría para meter inesperadamente a Sánchez por la claraboya del Palacio de la Moncloa cuando Rajoy vigilaba la puerta para que nadie entrara sin su venia.

No cabe duda de que Redondo atesora una gran capacidad para cautivar, por lo que, más que «aprendiz de brujo» por sus trucos y componendas, sin negar esa extraordinaria faceta, cabe describirlo como «brujo de aprendices» de la política a los que, bajo su batuta, entroniza en puestos primordiales. Pero que siempre deben andar bajo su dirección y a los que somete sin rechistar al transmitirles a estos una seguridad y un aplomo que les produce sentirse mismamente Napoleón sin pasar por el psi-

quiátrico. Cuando aparece Sánchez en el atril de La Moncloa pendiente de Redondo o en las Cortes atento a sus notas o mensajes telefónicos, recuerda el requisito que establecía Monago en sus conferencias y comparecencias públicas: un lugar donde pudiera ver sin interferencias desde el escenario a Redondo, al modo de quienes asisten u orientan al actor si olvida su texto o no se mueve adecuadamente en el proscenio. Su dependencia llegaba a la sugestión como le ocurre a Sánchez.

En la firma del acuerdo de gobierno entre Sánchez e Iglesias, la felicidad de Redondo, quien no ignoraba la incomodidad y molestia infinitas de apañarle un hueco en la mesa del Consejo de Ministros a un inquilino tan nocivo e insalubre, iba más allá del hecho en sí. Se debía primordialmente a que había conjurado en setenta y dos horas las intrigas de algunos dirigentes del PSOE que ya vieron con desconfianza cómo dominaba la voluntad de Sánchez al poco de entrar de tapadillo en Ferraz y también de algunos barones territoriales que, al no alcanzar al presidente por muy jurada que se la tuvieran, querían cobrarse la cabeza de su Rasputín por el revés electoral. Empero, su rápido brinco de rana desconcertó a todos e hizo que el tema de charla fuera otro bien diferente en cuestión de horas.

Como estos simpáticos anuros, Redondo da buenos saltos, aunque no siempre acierte a caer donde debe. Pero súbito pega una nueva voltereta para borrar de la memoria el barrizal maloliente a donde antes fue a parar. Además de sus saltos de rana con los que despista sobre yerros y errores de cálculo, Redondo goza de una enorme habilidad para introducir incesantemente asuntos de matute y controversias que sustraigan a la opinión pública de aquellos contentiosos que comprometen al Gobierno o a su negligente gestión.

Cuando no le pega una patada al ajedrez para empezar de nuevo la partida en mejores condiciones o no duda en inventarse percances como el futbolista marrullero que quiere restarle minutos al cronómetro del árbitro para no perder el partido.

Si Hitchcock popularizó la expresión *Macguffin* a la hora de referirse a sus tretas cinematográficas para turbar al espectador e imprimir un giro copernicano a sus tramas, también el jefe de gabinete de La Moncloa se sirve de tales señuelos para desviar la atención. Al igual que el trilerio tima al panoli con «¿Dónde está la bolita?» mientras le vacía la cartera con sus compinches. Tan ufano está Redondo que disfruta —como el maestro del suspense— asomándose intermitentemente a la pantalla como parte del repertorio de actores.

No obstante, lo sustancial en su caso no es lo que quiere hacer ver, que también, sino su inmenso dominio —en la práctica, más que la adición de las cuatro vicepresidentas con las que Sánchez adorna su propaganda de gran feminista— y que oculta dado que, al estar fuera del Consejo de Ministros, puede manejarse sin fiscalización de la oposición. Así, beneficiándose de la excepcionalidad del estado de alarma a cuenta de la Covid-19, Iván Redondo actúa como el privado de Sánchez, su *alter ego*, para urdir lo que a este le pete por persona interpuesta y sin el incordio del Parlamento. Ello autoriza a su favorito, con la influencia decisiva de la que disfruta, a operar fuera (o al lado) de los canales institucionales sin rango ministerial cuando se halla en el centro neurálgico del mando. Ningún otro fontanero ha poseído tales aldabas en La Moncloa y fuera de ella. Alfonso Guerra, como vicepresidente de Felipe González, presumía de estar de «oyente» en el Consejo de Ministros; Redondo ejerce

de primer ejecutivo del Gobierno, al pasar por su escritorio todas las decisiones de trascendencia, sin sentarse en el mismo. Siendo teóricamente secretario de Estado, eleva ese grado a rango de la Administración norteamericana y da las órdenes en «The War Room» (la sala de crisis o el cuarto de guerra, según los casos), bien para batallar la desinformación, bien para propagarla en función de la conveniencia del momento.

En el acto cuarto de *Ricardo III*, Shakespeare retrata el momento en el que el tirano, recién coronado, le dice al duque de Buckingham, su principal estratega y copartícipe de sus delitos para deshacerse de su sucesión de enemigos, reales o imaginarios, en su ascenso al trono: «Por tus consejos y por tu ayuda, el Rey Ricardo se sienta tan alto». Pero, penetrado por la duda, le inquiere a renglón seguido: «¿Llevaremos estos esplendores durante un día? ¿O durarán y disfrutaremos siempre de ellos?». Buckingham conviene: «¡Sigan viviendo, y duren eternamente!», mientras murmura para sí: «¡Bah! Puedo imitar al más perfecto trágico».

La respuesta del confidente de Ricardo III en la tragedia shakesperiana sobre la historia de Inglaterra podría haber sido la del consejero Redondo al augusto Sánchez. Sería acorde con la contestación ofrecida a Iglesias en *La tuerka* aquel 20 de abril de 2016. Al ser interrogado sobre la esencia de su oficio de *spin doctor*, aseveró lo siguiente: «Una persona que se tira por un barranco por su cliente, por su presidente, por su candidato». Muchos pensarán que no deja de ser una hipérbole por parte de quien declara, hablando de sí mismo, que «en torno a mi persona hay más ficción que realidad».

Sin embargo, cualquiera que conozca la tragedia shakesperiana no ignora que Ricardo III, una vez alcanzada la posición a

la que aspiraba, es consciente de que las malas artes que le han permitido consumir su ambición no amurallan su hegemónica posición de poder. Ello le origina tal desasosiego que cuestiona la lealtad de su círculo íntimo al percatarse de que quienes le sirven son infames que solo miran por su propio interés, como él mismo. «No quiero a mi lado a quien me mire con ojos escrutadores», dicta Ricardo y su viejo aliado Buckingham, al que acusa de importunarlo, interpreta que debe huir de inmediato si quiere salvar la existencia. Sus esfuerzos serían baldíos terminando prendido y ejecutado.

Por eso, este *Iván Redondo. El manipulador de emociones* de Graciano Palomo, un periodista de casta y oficio, capaz de desentrañar la personalidad real de los grandes protagonistas de la política española de nuestro tiempo, como los presidentes Aznar y Rajoy, resulta clave para esclarecer el papel fundamental desempeñado por Iván Redondo en la llegada y en el sostenimiento en La Moncloa de quien no conoce reglas —ni para los suyos ni para los demás— como Sánchez desde que ventiló conducirse por las líneas rojas que le marcó inútilmente su partido para que no los desbordara rompiendo los consensos fijados en España desde la restauración democrática.

Si «nadie es un héroe para su ayuda de cámara», como anotó ese sabio del pensamiento que fue Montaigne, por conocerlo de veras en lo que dice y en lo que finge, qué mejor que este retrato certero y minucioso de Graciano Palomo del «ayuda de cámara» de Sánchez para descifrar al tándem que domina la política española desde que, aprovechando el borrón de un mal juez, se precipitó una moción de censura contra Rajoy con esa «alianza Frankenstein» que, creyendo conjurarla un socialista del Antiguo

Testamento como Alfredo Pérez Rubalcaba al bautizarla de forma tan cabal, hoy marca los designios de España e hipoteca su porvenir.

Desde su acrisolada independencia y su ascética burgalesa, luego curtida en los años de plomo del País Vasco y en las conjuras políticas de la Villa y Corte, de llamar a las cosas por su nombre, esto es «al pan, pan, y al vino, vino», Graciano Palomo elude eso que algunos llaman el «síndrome Van Dyck». El gran pintor flamenco, discípulo de Rubens, se granjeó gran fama en las Cortes europeas por inmortalizar a los nobles que retrataba embelleciéndolos deliberadamente para ganarse su favor. Nuestro autor, por el contrario, elude ese respeto reverencial sabedor de que en ello le va el crédito y el prestigio. No es una obra de cargo ni de descargo, sino de gran periodismo. Pasen página y lean.

LA TARDE DE AQUEL DÍA

«No soy más que el contexto para tu gran aventura».

BIG FISH

Febrero de 2017. Círculo de Bellas Artes de Madrid. Hace unos meses que Pedro Sánchez ha sido expulsado con deshonra por los notables del Partido Socialista de la secretaria general al negarse obstinadamente a facilitar la gobernabilidad del país tras las elecciones legislativas de 2015, es decir, negando rotundamente la abstención a favor de Mariano Rajoy, ganador de esos comicios por exigua mayoría. «No es no».

La Comisión Gestora constituida por el Comité Federal que arroja por la ventana al hombre de Tetuán (popular barrio madrileño donde nace y vive Sánchez en su infancia y juventud), está presidida por el asturiano Javier Fernández, el dirigente con más prestigio en ese momento en la formación socialdemócrata, una persona humilde, coherente y de principios. Tras un corto periodo de tiempo, dicho órgano temporal de gobierno interno, dominado casi exclusivamente por miembros antisanchistas, convoca elecciones primarias para elegir secretario general el 21 de mayo de 2017 y, posteriormente, llevar a cabo el precep-

tivo 39 Congreso Federal del partido que establecería las líneas maestras a seguir durante los próximos años. En España, desde finales del 2011 manda el Partido Popular de Mariano Rajoy.

En aquella noche dramática Sánchez viene de perder estrepitosamente las elecciones en Galicia y País Vasco, lo que unido a su forma variopinta y contradictoria de dirigir el partido, su redomado personalismo y su escasa capacidad de trabajo, ha puesto en prevengan a los «barones», a la vieja guardia y a una parte de la militancia. Él cree que no hay nadie en el PSOE capaz de disputarle el poder interno y que esa vieja guardia que apoya decididamente a la sultana andaluza se ha quedado flotando en naftalina. No se esmera en la prudencia a la hora de descalificar a sus mayores.

La cita para el ajuste de cuentas es el 1 de octubre de 2016 en el cuartel general de la madrileña calle de Ferraz. Los barones críticos (seis de los siete que gobernaban territorios), la poderosa (hasta entonces) Federación Andaluza de Susana Díaz, los dirigentes históricos con Felipe González y Alfonso Guerra a la cabeza, el resto de las federaciones más importantes del PSOE, los fieles a Eduardo Madina (al que había derrotado en anteriores primarias), tumban a Pedro Sánchez en uno de los comités federales más bochornosos de toda su larga historia de ciento cincuenta años. El espectáculo ofrecido por la dirigencia de una formación que ya había gobernado España durante veintidós años no tiene parangón. Aquello parece un puerto de arrebatapocas más que un grupo de fraternales compañeros.

Al comenzar la votación uno de sus entonces fieles, el riojano César Luena, que más tarde sería incomprensiblemente pasado por las armas sanchistas y conducido al averno y al ostra-

cismo, pretende que el voto se emita en una urna secreta tapada por una cortina. Es Josep Borrell, que siempre juega cerca de donde se reparte, el que denuncia la artimaña y a voz en grito dice que eso nunca se había producido en la historia del partido. En el fondo, dicha votación no era otra cosa que un plebiscito sobre su liderazgo. Lo pierde de forma estrepitosa.

Su gran competidora, la líder andaluza, Susana Díaz, la misma que le había proporcionado su triunfo en las elecciones primarias anteriores frente a Eduardo Madina, no puede contener las lágrimas y grita desesperada: «¡Están matando al PSOE!». Espera recoger las migajas cobijada bajo la sombra de Felipe González, quien poco a poco ve que su «divinidad» se disipa a marchas forzadas entre las bases.

Pero en esas horas socialistas y escasamente fraternales al que matan de una estocada hasta la bola es a Pedro Sánchez, que no tiene más remedio que comparecer lloroso y derrotado para anunciar su dimisión como primer ejecutivo del PSOE.

—Parece Boabdil enrabiado —dirá uno de los hombres andaluces de Susana cuando le ven compungido ante los medios.

—Desde mañana mismo —dijo Sánchez— empiezo a recorrer España con mi viejo coche utilitario en busca de la confianza de los militantes... Les voy a explicar a todos y cada uno mi proyecto... Y estoy seguro de que no me dejarán en la estacada...

En realidad, hizo un primer viaje, siempre acompañado por Juan Manuel Serrano, futuro presidente de Correos y después el dinero recaudado entre algunos benefactores privados para la campaña de su vuelta al poder socialista le permitió viajar con ciertos lujos y asesores de confianza.

Iván Redondo en esos momentos, tras el fiasco extremeño, está sin trabajo, merodea por algunos medios de comunicación y trata de relanzar su primigenia empresa, en la que solo cuenta con su esposa, que pasa a denominarse «Redondo Asociados Public Affair Firm». Como le ocurre de 2009 a 2011 mantiene un perfil bajo, sobrevive como puede e intenta hacerse un hueco, como tertuliano, ventear su proyecto profesional. No deja de ser un mal remedo para una persona que aspira a todo. Está atento a todo lo que se mueve y busca desesperadamente su mirlo blanco, con el que definitivamente hacerse un nombre y un sitio en el siempre difícil negocio de la comunicación política en España. Su pituitaria no falla: encontrará al cliente que va como anillo al dedo a sus objetivos.

En el fondo, y bien estudiado, sus clientes hasta esas fechas no dejan de ser meros «juguetes rotos», zarandeados por las circunstancias. Y el cabreo de sus competidores va en aumento porque baja las tarifas establecidas por el mercado. Juega con ventaja.

En efecto. La prensa anuncia que el defenestrado secretario general tiene la intención de presentarse a las elecciones internas como primer ejecutivo del partido y posteriormente liderar la convocatoria del 39 Congreso Federal.

Finalmente, Pedro Sánchez y sus diputados irreductibles ante toda presión y desaliento presentan su proyecto en el mitin estrella en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el 20 de febrero, al grito de «¡no es no!». Flanqueado por algunas de las caras conocidas del PSOE, Margarita Robles, Manuel Escudero, José Luis Ábalos, Cristina Narbona, Beatriz Corredor (luego presidenta de Red Eléctrica Española con 540.000 euros de salario) y otros de nuevo cuño dentro de la *nomenklatura* socialista. Esos fans encon-

trarán posterior y rápido acomodo en su gobierno o en distintas sinecuras bien pagadas, todas ellas regadas con dinero público. Sánchez exhibe en ese acto del Bellas Artes el poderío de las bases, si bien no encuentra líderes de peso con los que apuntalar dicho proyecto «radicalmente socialista». Hasta hacía escasas semanas, Sánchez siempre se ha conducido como estricto socialdemócrata en la línea de los dirigentes socialistas europeos de la misma familia. Ya entonces runruneaba con la posibilidad de un pacto con Podemos, porque se ha convencido de que el centro le tiene vetado.

Sánchez es un hombre desesperado en esos momentos, porque no termina de ver un futuro en su carrera política y él es hombre de grandes ambiciones, aunque no de excesiva vocación por el trabajo. Sí tiene acreditada resistencia; mantiene una línea bien definida al respecto; el matador es el maestro y su cuadrilla la que tiene que poner al toro en suerte. Luego acrecentará esta deriva y dejará hacer, algo que le viene de perlas al aspirante a ser su consultor. Justo lo que andaba buscando, como en el caso de José Antonio Monago. Ha estudiado detenidamente a Sánchez como siempre hace cuando pretende una presa que llevarse a la boca. Es fundamental entender por qué lado derrota.

Camuflado en un local abarrotado de *hooligans* sanchistas se encuentra Iván Redondo, que mentalmente toma nota de todo cuanto acontece en el aquelarre socialista. Es Odón Elorza el que sube primero al escenario. La idea es convertir a la estrella política que pretenden en un artista de circo subido en un taburete.

Ese lunes de febrero, a las 19.30 horas Sánchez se percata definitivamente de algo obvio: no es el candidato del *establish-*

ment socialista que ha dominado el partido desde hace más de cuarenta años, salvo el breve interregno protagonizado por Rodríguez Zapatero. Redondo, mimetizado con el paisaje, se ha dado cuenta de que no hay expresidentes, ni barones, ni referentes orgánicos de peso; pero, en cambio, hay 600 personas en la sala y en la calle Alcalá hay colas para entrar. Quieren aclamar a su jefe; no les importa que sea el mismo dirigente que ha cosechado un desastre sin paliativos en dos elecciones consecutivas, con los peores resultados desde la restauración democrática bajo las siglas del centenario partido.

El programa del candidato ha sido confeccionado por dos militantes antiguos seguidores de Alfonso Guerra, Manuel Escudero y José Félix Tezanos, el dirigente/sociólogo que finalmente se encaramará no sin escándalo al frente del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Mientras estos dos escuderos del otrora todopoderoso sevillano se entregan de hinojos, su anterior jefe abjura de Sánchez y «toda su cuadrilla». Ambos recibirán su correspondiente recompensa cuando los idus se vuelvan propicios.

«¡No es no!». «¡Pedro, Pedro, Pedro!». Redondo no pierde ripio de todo lo que observa a su alrededor. Le sorprende especialmente que un perdedor nato hasta ese momento sea capaz de excitar las bajas pasiones de sus conmlitones. Una primera reflexión le lleva a concluir que la militancia de base y muchos de sus cuadros son gente genuinamente de «izquierda». Todo un dato para futuras observaciones. Por ahí empieza el primer gran *input*: la política no es racional. Son los sentimientos los que finalmente marcan la pauta... Yo estoy en lo cierto...

Esto es algo perfectamente describable en el Partido Socialista pos Rodríguez Zapatero, reducido a la mitad tras su anuncio en mayo de 2010 en el Congreso de los Diputados del Plan de Ajuste y Contención Fiscal y la bajada de las pensiones, tras los avisos dados por Francia, la Comisión Europea, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y el presidente de Estados Unidos, Barack Obama. Todos temerosos de que una posible quiebra de España arrastrara a todas las economías del mundo occidental.

Los escasos diputados que se han mantenido fieles al madrileño —José Luis Ábalos, Adriana Lastra, Susana Sumelzo, Sofía Hernanz, Rocío de Frutos, Zaida Cantera, Mari Luz Martínez Seijo, María Luisa Carcedo, Iratxe García y la alcaldesa de Santa Coloma de Gramanet (Barcelona), Nuria Parlón, posteriormente detenida e imputada en un gran caso de corrupción en su ayuntamiento— oyen los acordes del himno de campaña «Color, esperanza», del cantautor Diego Torres, bailan como posesos. Pocos o ninguno de ellos saben que es un canto religioso católico escrito para una de las visitas del Papa a Argentina. Este hecho es visto por los observadores más imparciales como un ejemplo del camaleonismo del PSOE en el que Iván va a encajar a la perfección, esto es, copiar todo y adaptar lo que interese a tu contexto, venga de donde venga.

Un izquierdista con maneras neoliberales

Pasados diez minutos de las 20.00 horas el exlíder hace acto de presencia en carne mortal en el teatro Fernando de Rojas. Lo

hace embutido en lo único que ha demostrado hasta la fecha: soberbia y autoestima apoyado en su espigada figura de exbaloncestista y con vestimenta informal y harto «pija». En la superficie, también en el trasfondo, es un tipo que presume de izquierdista y presenta maneras de ejecutivo (sin mucho fuste técnico) neoliberal. Entre grandes aplausos, gritos («¡No es no!») en los que el candidato se ha hecho fuerte hace su entrada triunfal pese a que hasta el momento no ha conseguido nada excepto sonoras y abultadas derrotas... Así es de líquida la política española en esos trances.

Los notarios del evento, revestidos de periodistas, generalmente se derriten. ¡Qué imagen! ¡Qué figura! ¡Qué porte! Quizá el más entregado de todos ellos, es un tal Juanma Romero, con el pelo ribeteado de vetas rubias. En un amplio publibreportaje, su pluma no puede resistirse al encanto físico del aspirante.

Arriba, en el escenario del teatro del Círculo de Bellas Artes, le esperan sus deudos: la «pija» registradora de la propiedad Beatriz Corredor y sus teloneros bien pagados: José Félix Tezanos, Manuel Escudero, Margarita Robles y la incombustible Cristina Narbona, que lleva aparejado a su marido Josep Borrell, siempre en el candelero y en las mamandurrias. Un tipo tan brillante como insoportable por su afán de creerse diez metros por encima del resto. Ya lo dijo en su día Felipe González, de cuyos gobiernos formó parte: «Quien le soporte que lo compre».

Iván Redondo sigue atento, observando el paisaje y al paisaje con esa mirada tan intransferible que el ADN vasco ha puesto en el guipuzcoano: «¿Cómo convertir todo esto en votos?».

Esta es una característica que él siempre mantiene: observar, auscultar bien al «pueblo». En Badalona lo hizo ya en el 2007. En ese tiempo se introducía en los círculos de jubilados socialistas de la parte alta de la ciudad (la más obrera y popular); se fijaba en cómo hablaban del gran problema (inmigración) y cómo el PSOE los había abandonado. El consumado especialista en remover las bajas pasiones de quienes se sienten abandonados por los suyos. Como los militantes del partido por sus «barones». Construye víctimas y hace que los victimistas los apoyen por identificación. No hay que olvidar que ahora la víctima es el héroe de todo el relato. Eso es puro manual de resistencia. Es el antihéroe. Eso Redondo lo sabe ver como nadie. Por eso está donde está.

Hay que encauzar las emociones, las sensaciones, hasta las bajas pasiones...

Después de la patada en el trasero que el Comité Federal propina a Sánchez, la impresión general tanto en círculos socialistas como entre los observadores más templados de la realidad política es que el de Tetuán es un cadáver político. ¿Quién se puede recuperar de un estacazo tan monumental y no estar loco? Los que trabajan al lado de Sánchez reciben el *input* en forma de clamor de que el madrileño siempre ha pretendido un proyecto personalista de poder, para el que utiliza un partido casi bicentenario.

Su primer telonero, el controvertido Odón Elorza, que había llegado a ser alcalde de San Sebastián —siempre cercano al nacionalismo e incluso al independentismo radical—, es el primero que pone el dedo en la llaga: «Pedro no está solo. Tiene un gran equipo político detrás, buscando un proyecto colectivo».

El candidato, a la desesperada, consciente de que es la última bala que tiene en la recámara para seguir viviendo de la política, apela a la «coherencia» y a su «credibilidad personal», después justamente de haber virado en multitud de ocasiones de un lado para otro como un pollo sin cabeza. Ni una sola explicación respecto a su derrota tras derrota en cuantas elecciones ha sufrido el PSOE bajo su mandato; aun así, presenta credenciales de futuras victorias.

—Ya no soy —subraya— la misma persona que hace tres años tomó las riendas del partido, ni siquiera ese dirigente que fue derrotado en el Comité Federal del 1 de octubre. Creo saber humildemente (palabra que utilizará cuando se encuentre en dificultades) lo que necesita este partido y el conjunto de la izquierda para renacer y volver a ser la alternativa de este país...

Volvía a obviar que tuvo oportunidad de demostrar ser un ganador y en dos ocasiones cayó fulminado ante un líder no especialmente carismático como Mariano Rajoy.

Humildad es una palabra que figura con profusión en el vocabulario de Redondo y que hace pronunciar con ocasión y sin ella a su asesorado.

Volvamos al Bellas Artes. Por ahí decide atacar: «Nosotros tenemos unos valores genuinamente de izquierda, que nadie se engañe, genuinamente de izquierda, y ya es hora de poner coto al gran error estratégico que llevamos cometiendo en el PSOE desde hace muchos lustros. Nos hemos confundido de adversario, que no es otro que el neoliberalismo, el capitalismo y el conservadurismo que representa el Partido Popular. No proponemos un giro a la izquierda, sino que el PSOE vuelva a ser el partido de la izquierda en este país».

Ya en esos momentos Sánchez se ha percatado, con la influencia de Tezanos y el sector más a la izquierda del PSOE, que el gran competidor es Podemos, que les supera en casi todo: no tiene historia, no ha gobernado y es mucho más libre a la hora de agitar las bajas pasiones de la «izquierdona». Resumiendo, temen un *sorpasso* por ese costado.

Se cura en salud respecto a la «gran coalición» —fracasada en toda Europa— que, a su entender, hubiera sido en la práctica dar su apoyo mediante la abstención a la investidura de Rajoy. Sus asesores le han imbuido que allí donde la socialdemocracia ha ido del brazo del centro derecha ha terminado finalmente por hundirse, como es el caso clamoroso de Grecia y en cierto modo Alemania, donde sus homólogos del SPD se han diluido al apuntalar a la canciller Angela Merkel en el país líder de Europa. Afirma que ese error se trasladaría a España, que acrecentaría los extremos, el populismo y la ultraderecha. «No hay otra salida que levantar una gran alianza de fuerzas progresistas que ponga fin al austericidio, sobre la base de que se gobierna desde La Moncloa y no desde el Congreso de los Diputados».

Curiosa propuesta que los presentes no tienen en cuenta porque hace menos de doce meses que él mismo protagonizaba un intento de formalizar un gobierno parlamentario con Ciudadanos y Podemos. El intento resultó fallido porque Pablo Iglesias se plantó taxativamente ante la mera posibilidad de ir de la mano de Albert Rivera. Los asistentes al mitin del Bellas Artes olvidaron también los grandes elogios que Sánchez hizo desde la tribuna del Congreso al «coraje» y la «valentía» del entonces líder naranja. En realidad, y con la perspectiva y la información que facilita el tiempo, hoy se puede concluir que Iglesias trataba de

liquidar al PSOE y Rivera hacerse con el centro derecha y la derecha. Ambos tenían la plena seguridad de que ocurriría.

Sigue Pedro en la tribuna. Está convencido de que puede muñir a su alrededor un proyecto «ganador» salido de las urnas. En las elecciones generales de junio de 2016, el PSOE, de la mano de Sánchez, consigue el 22 por ciento de los votos y 85 diputados, el peor registro del socialismo desde la restauración democrática. Llegaría dos años después la toma del poder, pero de forma muy diferente a lo expresado en el teatro Fernando de Rojas.

Cristina Narbona, otra de las intervinientes, llevaba razón: «Necesitamos líderes valientes y comprometidos como Sánchez». Se le olvidó también decir que, sobre todo, «con arrojo» y sin pudor. Como la propuesta de «alianza plurinacional» ideada precisamente en el seno de una formación política genuina e históricamente jacobina como el PSOE. Eso es lo que más llama la atención de Redondo: la capacidad de Sánchez para romper moldes, interpretarse a sí mismo sin importar ni el propio vademécum y mucho menos la palabra. ¡Un genio! ¡Con este tipo se pueden hacer cosas grandes!

El aquejarre sanchista no hace otra cosa que inyectar en vena la posibilidad de un órdago a la grande. Sus adversarios internos desprecian lo ocurrido en el emblemático edificio de la calle Alcalá («la misma secta», «nada nuevo», «ninguna enjundia», «ningún proyecto realista ni serio»), pero al mismo tiempo son conscientes de que Pedro ha cogido una ola de «mártir» que va *in crescendo*.

Al término del fervorín partidario y una vez que los efluvios se van diluyendo aparece Iván Redondo para conversar con

Pedro Sánchez. En realidad, Redondo asiste el evento como primer contacto presencial en un acto del candidato después de haber presentado cartas credenciales para una hipotética colaboración. El madrileño es consciente de que el fichaje de Iván provocará reticencias por su pasado profesional con el Partido Popular que ha sido amplio y profundo.

¿Cómo y cuándo se produce la «alianza» personal y política entre Sánchez y Redondo, que culminará cuando el primero acceda al poder?

Durante los años del marianismo, el político en ejercicio y el consultor de políticos han venido coincidiendo en distintos programas de debate en televisión, cuando ambos eran perfectos desconocidos y les unía una enorme ambición en pos del triunfo y dejar de ser ignotos. Especialmente, en el canal VEO7 del *holding* mediático de Unedisa. Ambos bajo la batuta de Carlos Cuesta, que, posteriormente, también les haría coincidir en la televisión de la Conferencia Episcopal Trece TV. En aquellos programas de televisión Iván desplegaba todo lo que había aprendido en la George Washington, incluso con un matiz relamido y redicho. Solía mantenerse alejado de cualquier veleidad partidaria.

Al fracasar el segundo intento de José Antonio Monago al frente de la Junta de Extremadura, Redondo se queda al páiro intentando mantener su empresita, en la que la única trabajadora es su mujer. Cree que dadas las circunstancias por las que atraviesa Pedro Sánchez, tiene alguna posibilidad de poner el caballo en su cuadra.

Es un profesional de la cosa en busca de cliente. Ha perdido todos. No hay nada de malo porque su «pecado» de haber ser-

vido con un cierto éxito con candidatos del Partido Popular es fácilmente justificable, amén de que también asesoró a candidatos municipales del socialismo en Cataluña y País Vasco. También a candidatos sin renombre mediático de Ciudadanos en la tierra aragonesa.

Dos ambiciosos en apuros

Poco antes del mitin de Bellas Artes, con un Sánchez teóricamente dando sus últimas bocanadas políticas, tras la patada en el trasero propinada por los notables del partido, Iván decide acercarse al proscrito y se pone en contacto con él. Tampoco el gurú está en esos momentos para tirar cohetes. La derrota de Monago le ha dejado sin trabajo y con un perfil muy bajo. Tras la derrota extremeña se le cierran muchas puertas. Solo le queda la senda «tertuliana», donde además no es periodista. Hay que comer y todas las ambiciones continúan intactas.

—Pedro, creo sinceramente que puedo ser de gran ayuda en tu carrera y que puedes volver a hacerte con las riendas del PSOE en una primera etapa. La segunda es la Presidencia del Gobierno. Ahora lo que te ofrezco es llevarte la campaña para recuperar la secretaria general del partido.

—A ver, Iván, no tengo un euro...

—Por eso no te preocupes. Lo importante es que puedes ganar, Pedro, si haces las cosas bien, con sentido profesional.

—Coño, sí, pero tú necesitas facturar lógicamente.

—Es una apuesta mía a precio de resultados... Hagamos una cosa. Yo te asesoro si ganas este primer envite contra Susana Díaz.